

Escenificación: Vida y Muerte

Misa espiritual en el Espiritismo Cruzado

Autora: Yalexty Castañeda Mache
Dpto. de Estudios Sociorreligiosos

Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS), 1999.

Resumen: El espiritismo cruzado, conjunto de creencias y prácticas que revitalizan una vez más el mestizaje de culturas con sabor a identidad y cubanía. Su peculiar espontaneidad, asistematicidad y falta de estructuras con funciones reguladoras de la teoría y el ritual, hacen del espiritismo cruzado una manifestación práctica muy heterogénea. La característica central es la fusión de elementos de diferentes religiones asociadas a la posesión por espíritus, muertos o antepasados que respaldan, aconsejan y orientan la vida cotidiana. Entre una de sus principales y atractivas ceremonias se encuentra la misa espiritual a difuntos, en la cual se conjugan diversos símbolos y categorías dicotómicas de la realidad.

Vida y muerte, dos términos que se confrontan y confirman mutuamente dentro de la ceremonia ritual del espiritismo cruzado conocida como misa espiritual. Los mismos, se materializan en diversos objetos, palabras y gestos que adquieren un sentido simbólico para reafirmar el deseo de vida y la supuesta explicación de la muerte.

Escenificación: Vida y Muerte

La misa espiritual de difuntos, precedida por los novenarios, a realizar por la familia del fallecido es, generalmente, efectuada por espiritista cruzados, aunque los científicos y cordoneros, también la incorporan en su práctica, pero con un matiz diferente. Su objetivo principal es lograr la comunicación espiritual entre el espíritu del ser “desencarnado” –terminología empleada por los creyentes- y otros significativos allegados en vida de esta persona – familiares, amigos -, así como conocer el estado “actual” de ese espíritu en su nuevo mundo: el espiritual.

Al respecto, el espiritista cruzado facultado para realizar las misas, se traslada a la casa de los familiares del fallecido. Este, debe poner todo su empeño en el logro de la comunicación o “escenificación” con este espíritu; así como preparar el escenario ritual en el cual la entidad espiritual se manifestará.

El primer paso “acondicionar el local, revela la utilización de objetos con sentido simbólico; tal es el caso de las sábanas blancas las que generalmente cubren las paredes de la habitación y la mesa en la cual se confecciona la bóveda para dar idea de pureza, vida y limpieza espiritual por el simbolismo que representa el color blanco.

En este sentido, el rezo de oraciones como el Padre Nuestro, el Ave María, Para los recién fallecidos; el canto de transmisiones que encabeza el médium que preside la misa; el despojo del lugar con yerbas para evitar y alejar corrientes negativas o muertos perturbadores que obstaculizan el desarrollo del ritual; así como la santiguación que debe realizar cada individuo presente en la ceremonia frente a la bóveda espiritual encomendándose al Santísimo (Dios), son actos interpretados como ritos propiciatorios para la llegada de la entidad espiritual.

Para los espiritistas cruzados es importante no perder las conexiones una vez fallecida la persona. Este deseo de interacción con lo sagrado se respalda con determinados gestos a efectuar por los presentes como la utilización del perfume o colonia preparada con la cual todos deben despojar su cabeza y brazos para “atraer al muerto” –según las referencias. Por otra parte, los familiares del difunto pueden referir la aparición del espíritu desencarnado a través de los sueños o visiones durante el día, manifestando de tal manera el deseo de establecer comunicación y conocer el estado de aflicción actual.

Escenificación: Vida y Muerte

Al respecto, los muertos o espíritus, en la concepción de estos entrevistados, siguen siendo miembros importantes y activos de sus respectivas familias. Los mismos por haber pasado hacia otra forma de vida pueden intervenir, alertar o bendecir los actos humanos. Se establece una relación de ayuda recíproca entre el creyente, familiares y espíritus.

Uno de los objetos de relevante significación es la vela. La misma, debe permanecer encendida durante el tiempo que dure la misa; significa “luz” para el espíritu desencarnado que se traduce en vida. Por medio de la vela, se alumbra al difunto para “activar su adelantamiento hacia la vida de eterna bienaventuranza”¹, o sea, se le brinda auxilio por parte de sus familiares ayudando al diálogo entre estos. “La vela..., permite que el difunto regrese a la esfera familiar y se reinstale en ella, asegurando la continuidad temporal”. (Yornet Krause²,1996:238)

Por otra parte, la foto del difunto, colocada también en la bóveda, es atributo simbólico de su identidad en vida, representa en el imaginario social de los sujetos partícipes de la ceremonia la presencia del ausente. La misma se convierte en un símbolo que tiene vida por medio de la vela que alumbra el camino del espíritu, generando una nueva integración simbólica cargada de emociones y significados.

La vela- vida y la imagen- muerto, representan un mundo en el cual la muerte y la vida son términos y realidades que no se contraponen, sino que se complementan (Yornet Krause,1996:237). Esto le permite al creyente reinterpretar ambas terminologías que han sido legitimadas socialmente como fenómenos de la existencia que implican continuidad, ruptura de las relaciones humanas y discontinuidad social.

La misa espiritual como culto familiar al espíritu o muerto en el espiritismo de cruce, instaura simbólica y temporalmente la presencia del ser sobrenatural que pertenece a la dimensión sagrada dentro de lo profano, o sea, lo terrenal. Con ello propicia un escenario simbólico en el cual las categorías vida- muerte y las dimensiones sagrado- profano se complementan en la conciencia religiosa de los presentes, y las diferencias de status y roles asignados dentro de la actividad ritual hacen creíble el propósito inicial de la misa: la comunicación espiritual.

1 Expresión de un espiritista cruzado tomada del Libro de Oraciones Espirituales de Allan Kardec.

2 En “Procesos escenificación y contextos rituales”, compiladora Ingrid Geist, Editorial Plaza y Valdés y Universidad Iberoamericana, México, 1996

Escenificación: Vida y Muerte

En tal sentido, la representación o escenificación de tal comunicación permite inferir el lugar y función que debe ocupar y desempeñar cada sujeto protagonista en la ceremonia. Es decir, los roles se asignan conforme al status que en las relaciones familiares, principalmente, el individuo adquirió con respecto al espíritu para el cual se ofrece la misa. Generalmente, éste utilizará como instrumento simbólico para manifestarse a la persona con la cual en vida tuvo mayor afinidad y cercanía dentro del sistema de relaciones interpersonales y familiares.

Las relaciones que se despliegan en el ritual permiten concebir al individuo, por el cual pasará la entidad espiritual, como un sujeto en acción que simultáneamente adopta el lugar y personalidad de este ser sobrenatural, a la par, que permite el “regreso” temporal a la vida terrenal.

Se establece, por una parte, una armonía entre los vivos y muertos y por otra de los vivos entre sí, al generar esta relación un sentimiento de añoranza y solidaridad entre todos los presentes. Tal contacto significa para el cruzado la reafirmación de un nuevo modo de existencia tras la muerte física.

La comunicación verbal con el difunto, carece de fórmulas estereotipadas para cada situación. Se efectúa mediante actos propios de los humanos como la risa, la palabra o el llanto, sobre todo en los primeros meses o año de haber fallecido la persona. La manifestación de este espíritu o la descripción que de éste realiza el médium que preside la misa, revela que los mismos no cambian su apariencia física después de la defunción, pero sí los sentimientos y estados anímicos que tuvo en vida; proyectando sus acciones hacia el bien para con los presentes en el plano terrenal y reconociendo las faltas cometidas. Para evocar a éste es necesario designarlo por el nombre completo que en vida llevó.

La misa de difuntos, de tal forma, resulta atractiva, muy vivencial y consoladora para el sujeto, tanto médium como familiar. Mediante esta, se restauran experiencias pasadas, se invocan a los ausentes como presentes, se crean nuevos vínculos por un tiempo perdidos y le permite saber al individuo que su familiar existe aunque sea como espíritu con el cual puede dialogar como si estuviera vivo, franqueando los umbrales de la muerte.

¿Cómo es conceptualizada la muerte entre los espiritistas cruzados?

Es importante destacar que para el espiritista cruzado **espíritu y muerto**³ son términos empleados como sinónimos y para los cuales no tienen una clara definición⁴; no obstante, pudimos evidenciar ciertas diferencias entre ambos.

El muerto, a nuestro juicio, puede ser aquello que aún no ha logrado un estado evolutivo superior como para convertirse en espíritu y el cual todavía no está completamente desmaterializado conservando algunos vestigios de la existencia corporal, bien sea en la forma del lenguaje, en la energía con que se manifiesta o en sus costumbres. Esto se evidencia claramente en el tratamiento que recibe el muerto por parte del creyente, al cual se le ofrece la comida que le gustó en vida y se representa simbólicamente en diferentes objetos, a diferencia de los espíritus a los que se le ofrenda un vaso con agua, flores o rezos de oraciones.

La creencia en los muertos y su poder adquiere una importancia relevante en el sistema de valores del espiritista cruzado, como un “ser” o “entidad” a la que se acude en primer lugar antes de cumplimentar cualquier ceremonia y con el cual se pueden realizar “obras de caridad”, “trabajos de rompimiento”. Su equiparación con los espíritus, aún cuando difiera de la definición que se maneja en la literatura kardeciana, viene dada, en cierto modo, por las características de los sujetos portadores de la creencia y por la toma de elementos esenciales de otros sistemas religiosos.

El muerto, a través de la misa, como evocadora de presencias, puede llegar a ser un “espíritu superior” catalogado como “ser de mucha luz y elevación espiritual”. Dentro de la concepción religiosa del espiritista cruzado, la materia no significa imperfección ni ignorancia y tal vez, esto sea otro elemento a incluir para la equiparación entre muerto y espíritu.

3 Ver: Castañeda, Y e I. Hodge: “ESPIRITISMO CRUZADO. CREENCIAS, SIMBOLOS Y PRACTICA RITUAL”, en proceso de edición, 1998.

4Al respecto, los espiritistas científicos y cordoneros si establecen distinciones entre ambos términos. Estos han interiorizado la diferenciación conceptual propuesta por Allan Kardec en la literatura espírita; exponiéndola actualmente en su práctica. Su base es el progreso alcanzado por el espíritu; el muerto para éstos es un espíritu imperfecto caracterizado por el predominio de la materia sobre el espíritu y la propensión al mal.

La creencia en la comunicación con los muertos o espíritus y el respeto hacia éstos, es una de las particularidades que afloran a primera vista y domina en cualquier actividad ritual que realice el espiritista cruzado, por lo que la misa espiritual no está exenta de ello. No obstante, esto es sólo el comienzo que facilita el acercamiento al sistema de creencia en este tipo de manifestación práctica. La lógica de producción de la referencia sobrenatural va más allá, representado tanto como fuerzas abstractas o mediante la materialización de estos en figuras u objetos aprehendidos de otras expresiones religiosas.

La muerte para el espiritista cruzado es el principio que instaura una nueva vida, la puerta hacia el otro mundo conceptualizado como mundo espiritual, mundo del más allá o de las entidades espirituales o muertos. El hombre -a su decir – cumple un ciclo y su paso por la Tierra es sólo una parte del camino a recorrer. La internalización de esta situación marginal: la muerte⁵ que efectúa el individuo es propiciada por la posibilidad que ofrece la misa de hacer creíble la comunicación. Introduce un ordenamiento subjetivo de la experiencia en la vida de los sujetos partícipes. El futuro adquiere relevancia significativa porque se proyecta en la revalorización del concepto muerte desde un proceso de legitimación religiosa.

No obstante, el deseo de vida en este mundo terrenal, se impone, traducida en la oportunidad que tiene el sujeto de construir su historia con las categorías de la colectividad humana adquiridas durante todo el decursar de su vida mediante un proceso de individualización, concienciación y socialización. A nuestro juicio, la muerte será interpretada como consuelo a no perder esa identidad individual y social que a lo largo de su vida a formado. Su representación como vida espiritual viene a disipar las tensiones que se genera cuando ocurre una brusca ruptura de las relaciones del individuo con otros significativos análogos.

En tal sentido, la concepción de la muerte, interpretada dentro de la misa espiritual, no pone fin a las relaciones sociales de la existencia para estos sujetos. Las mismas son caracterizadas por los mismos códigos de vida a seguir entre los seres humanos. La muerte significaría, entonces, la reinterpretación de las normas, valores de conducta y relaciones interpersonales que el sujeto ha asumido en vida. Reinterpretación que el creyente efectúa a partir del contacto con esta entidad la cual afectivamente tiene un significado importante en su biografía personal.

⁵ El concepto muerte como la situación marginal más importante ha sido tomado de Martín Heidegger: "Sein und Zeit, 1929. Ver: Berger, Peter: El dosel sagrado. Elementos para una sociología de la religión, Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1969.

La definición de lo netamente real o totalmente ficticio dentro de la ceremonia de la misa espiritual, queda sujeta a los diferentes modos de inferencia en la interpretación de las emociones observadas durante la misma. La posición dentro del ritual que asuma el espectador muy en relación, a su vez, con las determinaciones discursivas e ideológicas dominantes en la conciencia social de todos los participantes, son elementos que ayudarán en la aceptación y reconocimiento que de esta se realice.

En este sentido, su evaluación final estará permeada, a su vez, por la conjunción de condiciones afectivas, nostalgia, reminiscencias; la experiencia del oficiante de la misa en efectuar a plenitud la presencia de lo simbólico y reafirmar para algunos y demostrar para otros la afirmación de un nuevo mundo “ordenado” y “real”.

El cierre de la misa, deja como saldo que los sujetos, apelando a su capacidad reflexiva, tomen, por una parte, conciencia sobre sí mismos, es decir, lo que fueron, lo que son, lo que serán, y que por otra, realicen una heterorreflexión: de dónde somos, dónde estamos y hacia dónde vamos.

El fin de la misa, vuelve a los sujetos involucrados a su presente histórico, a su tiempo secular, al mundo profano, o como diría un espiritista cruzado a su mundo actual. La presencia de lo sagrado queda en sus mentes, un tanto para cuestionar o reafirmar cuánto de verdad o no existe en el nuevo significado que asumen los significantes vida y muerte dentro de la misa espiritual.

La misa de difuntos realizadas por los practicantes del espiritismo cruzado, lejos de ser un acto solemne, triste y conmovedor para los presentes constituye, al término de ésta, motivo de alegría, sensación de paz para todos y, por qué no, también festejo en la cual se ofrecen comestibles. Expresando así, una vez más, que para ellos la vida continúa aún después de la muerte y que ésta no es más que el camino a un nuevo encuentro.

Bibliografía

- Berger, Peter (1969): *“El dosel sagrado. Elementos para una sociología de la religión”*, Editorial Amorrortu, Buenos Aires.
- Castañeda, Y e I. Hodge (1998): *“ESPIRITISMO CRUZADO. CREENCIAS, SIMBOLOS Y PRACTICA RITUAL”*, en proceso de edición.
- Geist, Ingrid (1996): *“Procesos escenificación y contextos rituales”*, compiladora Editorial Plaza y Valdés y Universidad Iberoamericana, México.